

# LA CONDENA DE LLAMARSE GEORGIA

Relato categoría A

VXIII certamen de cuentos San José

Marzo 2024

Hay muertes rápidas. Como la de un camión pasándote por encima. Como la de tirarse de un acantilado. Como la de pegarse un tiro directo en el corazón.

Hay muertes lentas. Como morir de hipotermia. Como asfixiarse en un incendio. Como beber lejía sin querer.

Y hay muertes *muy* lentas. Como la mía.

Me llamo Georgia Santos y esta es mi historia.

Primero llegó el olor. Nadie más en la casa parecía notarlo. Salía de mí como si fuera un plato que lleva mucho tiempo al sol y ha empezado a pudrirse. Pero, aunque era evidente, nadie más lo olía. Nadie más que yo. Me paseaba por casa, hablaba con mis padres, con mi hermana pequeña, y nada. Ni un gesto, ni una nariz arrugada. Tan solo las mismas conversaciones banales de siempre que empezaban a cansarme. «Qué tal la escuela, qué tal el partido de ayer, qué vas a hacer esta tarde, cómo está Fulanito, llévate una chaqueta porque va a refrescar...».

Así, día tras día. Y, mientras tanto, el olor.

Después llegó la costra. No sé explicarte muy bien cómo fue pero, de repente, un día mi piel ya no era mi piel. Ya no era tostada ni suave. Daba igual que me echara todas las cremas que tenía en el baño, daba igual que las mezclara y que me embadurnara con ellas día y noche. Mi piel se volvía más dura cada minuto que pasaba. Al principio solo fue en la barriga, justo al lado del ombligo. Una manchita del tamaño de una lenteja que no habría visto si no me examinara cada día a conciencia ante el espejo. Al tacto era rugosa, y no estaba ni fría ni caliente.

Traté de quitármela, arrancármela con las uñas. Incluso tiré de ella con las pinzas de las cejas que siempre tenía a mano. Nada. Ahí seguía. Y, para colmo, cuanto más la miraba, más grande me parecía.

No estaba equivocada. Al día siguiente la costra había pasado a tener el tamaño de un garbanzo. Después, de una alubia blanca. Después, de una galleta María. Y, cuando quise darme cuenta, toda mi tripa era una gran mancha marrón tan dura como el caparazón de un cangrejo.

Yo trataba de ocultarla como podía. Al principio, con camisetas interiores que me tapaban la tripa cuando tenía clase de Educación Física. Luego, evitando las faldas y las blusas de manga corta. Después... después vino la oscuridad.

No sabía si a esas alturas mis padres se habían dado cuenta de lo que ocurría, pero me negué a salir de mi habitación en cuanto me salió la primera pata.

Cuando la vi, grité. Grité tanto que mi madre subió corriendo para ver qué ocurría. Tuve que apresurarme para bloquear la puerta con mi cuerpo. «¡No es nada!», le grité. Pero ella insistía. Al final, no me quedó más remedio que mentir: le dije que le había dado sin querer a un mueble y que me había hecho mucho daño en el dedo meñique. «Ay, Georgia, con lo que duele eso», contestó.

Me quedé unos segundos pegada a la puerta, esperando. Y, cuando escuché cómo bajaba los escalones, volví a respirar. Aunque esa tranquilidad duró poco; justo lo que tardé en darme cuenta de que ahora no tenía una pata, sino dos.

Me salían de la pierna derecha y se movían como si tuvieran voluntad propia. No me atrevía a tocarlas, pero quería. Quería tocarlas pero me daba un poco de asco. Así que las miré, durante horas. Y cuando se hizo de noche, encendí la linterna del móvil y seguí mirándolas, casi sin parpadear. No paraban de moverse, como si quisieran salir corriendo.

«¿Qué me está pasando?», recuerdo que pensé.

Jamás me había sentido así, y tampoco sabía a quién podía recurrir. No me veía capaz de explicárselo a mis padres, y mucho menos a mi hermana pequeña. Me daba vergüenza coger el teléfono para llamar a alguna de mis amigas, y, desde luego, preguntar por esto en las redes sociales no era una opción. Solo conseguiría que se rieran de mí, que me expusieran y que todo el instituto se enterara de lo que me había ocurrido.

Sentía que me moría. Esa era la sensación. Me faltaba el aire, la vida.

¿En qué se había transformado el mundo en el que vivía? ¿En qué me había convertido yo? ¿Cómo se suponía que iba a encajar siendo así?

Aquella noche lloré, sin parar. No había nada que pudiera consolarme, que pudiera hacer que pensara con frialdad. Sentía que mi cabeza era un hervidero de pensamientos y que ninguno de ellos tenía sentido. Me preocupaba no saber cómo me iban a ver los demás, cómo se iban a tomar que ahora mi aspecto fuera este. Porque tenía claro que esto no se iba a ir de un día para otro. ¿Cómo sería convivir con un monstruo como yo?

Lloré todavía más al comprender que mis padres, muy probablemente, dejarían de quererme. Incluso mi hermana. Se avergonzaría de mí cuando fuéramos juntas por la calle. Qué tontería; ni siquiera querría ir conmigo por la calle.

Lo decidí: jamás saldría de esa habitación. Nunca más. Bajo ningún concepto. Les pediría a mis padres que me trajeran comida de vez en cuando y que la dejaran en la puerta para no tener que ver mi nuevo aspecto. Y luego... lloraría. Todo el tiempo, hasta quedarme dormida.

Pasaron las horas, los días y los meses. Yo solo lloraba y dormía. Dormía y lloraba. Hasta que un día... Un día me levanté y me sentí ligera. Como una pluma, como un ave que vuela libre. Miré a mi alrededor y no entendía qué pasaba. A tientas, encendí la luz de la mesilla, aunque por el camino tiré varios libros y una taza. Y entonces lo vi: mi cascarón yacía en mi cama como si fuera una piel abandonada.

Corrí hacia el espejo y la imagen que me encontré hizo que sonriera un poco. Ya pensé que se me había olvidado sonreír, pero no. Ahí estaba. Ese gesto —las comisuras elevadas, los dientes un poco separados, los hoyuelos de las mejillas— era inconfundible.

Volví a mirar a la cama para cerciorarme de que era real, de que por fin me había quitado ese lastre que no me dejaba respirar. Y sí, así era. Mi segundo cuerpo, ese que me hizo tener la muerte más lenta posible, descansaba en mi cama como un ataúd abierto.

Bajé las escaleras tan deprisa que casi me caigo rodando. No importaba. Y a mis padres tampoco pareció importarles demasiado, porque cuando me vieron aparecer en la cocina sonrieron, como había hecho hacía un momento. Ambos se miraron: había alivio en sus ojos, como si hubiera llegado ese momento que llevaban esperando toda una vida.

—Por fin —dijo mi madre—, ya pensábamos que te quedarías encerrada en esa habitación para siempre.